

hacia las edades nuevas. Nosotros vamos dando hospitalidad a cada una de las rílagas que la civilización envía desde Oriente a Occidente. Fenicia llega con sus bajeles mercantes, y Grecia después, trayendo algún soplo de las maravillas egipcias, si no es que el Egipto mismo viniera en sus periplos no precisados todavía. Roma abarca esta Península en el conjunto de sus agregaciones territoriales, y más tarde, de la sangre visigoda se infunden algunas gotas en nuestras arterias. Bizancio nos ha dejado también huellas de sus expansiones por el mundo occidental; el Islam, con sus varias aportaciones raciales: las de Arabia, las de Persia y las otras norteafricanas...

Nunca quiso España envanecerse de pureza étnica. Ni tuvo a mengua la pluralidad de líneas que van entroncándose en el primer haz de su alcuña ibera. De lo que sí blasona es de que una personalidad acusada, precisamente en lo primitivo, se ha ido acentuando y robusteciendo con todas esas aportaciones, de tal suerte que, al liquidarse las sucesivas etapas históricas, cada uno de los pueblos invasores o conquistadores vino a ser tributario de la unidad del genio español; esa unidad que en accidentes tan copiosos se alhiere a la sustancia cristiana milagrosamente expandida aquí con el verbo de Jacobo el Mayor, Apóstol de Cristo, sembrador de la simiente de mostaza que regaron con su sangre los mártires celiberos Emeterio y Celedonio, la emeritense virgen Eulalia, Engracia y Vicente, y los otros cesar-augustanos, y tantos más, con acentos de divina epopeya mencionados en las estrofas del poeta hispano Prudencio. Simiente que brotó y creció después, cuidada por legiones de cultivadores, desde Isidoro y sus hermanos, hasta Teresa de Jesús, con todos los doctores, ascetas y místicos de nuestro acervo innumerable.

La gota de rocío es un menudo espejo de todo lo que circunscribe el horizonte, hacia la culminación cenital. Murcia, fa-

